República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I | San Salvador, Domingo 17 de Marzo de 1895 | Num 22.

Redactores y Propietarios:
Arturo A. Ambrogi — *Víctor Jerez*

Secretario de Redacción:
J. Antonio Solórzano

Medallones

CORDELIA GUIROLA

Coronada de blancas rosas pasa la virgen, la suave princesa. Su nombre es este: Mignón! Por que, como aquella, tiene en su rostro halos de nieve virginal; porque, como aquella, libélula hecha mujer, tiene los labios rojos, labios que humedeció la aurora con la sangre fresca de una rosa nueva.

Pasa Cordelia. Y á su paso las flores le hacen zalemas como á una reina y desde lo alto de los follajes, tupidos y verdes en que se enmaraña la luz, le consagran sus músicas los pájaros, ebrios de rocío y miel. ¡Salve, la victoriosa!

Cordelia!—Cuando oigo pronunciar este nombre, recuerdo á la Cordelia espiritual de Shakespeare que guiaba solícita al viejo Rey Lear. Cordelia, musa, flor de ensueño, rosa mística, tú guías los corazones, tú despiertas amor en las almas dormidas, como una madre cariñosa que dice á la que ya duerme mucho: "¡Despiértate, haragán! El thé se enfría!"........ ¡Despierta, amor! No duermas!...... El thé, puesto en la mesa, se entibia ya. ¡Levántate, perezoso. Abre el balcón que da al jardín, todo lleno de luz, de colores, alegría, y deja que Primavera penetre en tu alma...........

Cordelia Guirola! Flor de alabastro! Caléndula de nieve! Tu labio canta el poema sugestivo del beso, y en tu mirada, que tiene vagos reflejos de luz sideral, hay encerrados tesoros de ternura! Al sonreír, cautivas; al mirar, hieres! ¡Oh Cordelia! El amor hace genuflexiones ante tí, y besa la huella que impresa deja tu breve pie.

***

Bajo arcadas de flores, en que predomine la nota suave y azul de las violetas y el tono gentil y blanco de las tuberosas, que pase eternamente Cordelia Guirola, que es reina en los corazones de todos los que quemamos en sus pebeteros la mirra de nuestra admiración y de nuestro cariño.

Conde Paúl

Sotto voce

Si me amaras tú, mi vida,
si me amaras tú de veras,
me envidiarían las aves,
las flores y las estrellas.
Y las auras matutinas,
y las calandrias parleras,
las golondrinas que emigran
en pos de la primavera,
rendirían su homenaje
á tus pies, mi dulce reina,
y al oído te dirían
encantadoras endechas.
Y la musa de mis sueños,
la que ahuyenta mis tristezas,
la que en mis noches de insomnio
se sienta á la cabecera
de mi cama á relatarme
melancólicas leyendas
de pajes enamorados,
de angelicales princesas,
que suspiran, encerradas
en sus palacios de piedra,
por ignotos caballeros
que mueren de amor por ellas......
Oh! la musa inspiradora
de mis canciones más tiernas,
la de los ojos azules
y de rubia cabellera,
¡qué de cosas, vida mía
que de cosas te dijera!
y en sus brazos te llevara
á las regiones serenas
donde no existen dolores,
donde el alma se recrea
con resplandores de gloria,
do la nostalgia se aleja,
donde mora la alegría
y do sólo el amor reina.
Oh! si me amaras, mi vida,
si me amaras tú de veras,
me envidiarían las aves,
las flores y las estrellas.

J. Antonio Solórzano.

Causerie

Pasó el Carnaval!.............

Sentimos algunos pocos, de los escogidos, el ruido del Carretón ambulante al ir pasando, con destino á un país, que no conocemos ni de nombre, y al cual, por más que camine noches y días la *troupe* de saltimbanquis, no llegará jamás. Es una lejana tierra, ¡oh!, tan lejana como el país Fantasía!

Y hemos visto como iba Pierrot, "el Hombre Blanco", el amable y risueño "enamorado de la Luna", echado en un rincón del cuartucho rodante y sucio, junto á un pobre perro que gruñía de hambre, viendo por un agujero á su novia que caminaba por el cielo, lenta y majestuosa, sin fijarse en él. Vimos á Colombina....¡Oh! Estaba retrechera. Iba bromeando al obeso *signor* Falstaff, que se quejaba de un horrible dolor de pies. Iba guapa, sandunguera, la pícara, tarareando, de cuando en cuando y á media voz, una canción cristalina, alguna *chanzonetta* de moda en los teatruchos de Nápoles, y dirigía sus miradas de lástima y malicia á Arlequín, su apasionado galán, que desde lo alto de su silla desvencijada, le veía fijamente, como queriéndola fundir, de puro amor, con sólo la mirada. ¡Pobre Arlequín! ¡Cuántos iguales á tí hay por acá!......Pantalón conversaba con Casandra y con Ariel y comentaban algún suceso y se reían: la intentona de Arlequín de dar un beso en los labios á Colombina, mientras ésta en una parada del carretón, en un villorrío, salió á disfrutar de un claro de luna. Y se reían sabrosamente......

La carreta se iba rodando, rodando, con un ruido de carretón fúnebre, hacia ese país que no conocemos ni de nombre y que está muy lejos y al cual ellos, los saltimbanquis, los errabundos, no llegarán jamás!

Y en ese país, dicen, todo tiene gentil color de rosa, como que todo es visto á través del cristal de la ilusión. Es el paìs Quimera para donde rueda la *troupe* extrambótica, pero á ese país de abanico nunca se llega.

***

Pierrot es la gracia y, ¿sabéis que en su risa, que pliega el labio húmedo de carmín y arruga la mejilla enharinada, hay su dejo de amargura? ¿Sabéis que Momo ríe francamente, como ríe un chicuelo cuando ve desde la cuna, en las manos del papá, su querido *rorró*? ¿Sabéis que Colombina se ha herido los dedos blancos con las espinas de una rosa tinta que crece en un enmarañado y fuerte rosal? Todos tenemos, (y digo tenemos, porque todos guardamos algo de esos séres fantásticos), algún lineamiento de tristeza, alguna sombra de dolor, en nuestra alegría rápida. *Reír llorando:* eso hacemos. Vamos, como el Garrick aquel, preguntando: ¿cómo matar este dolor? Y á la vuelta, en el café, al derredor de la mesilla, mientras sorbeamos deliciosamente la onda opalina del agenjo, reímos, reímos como si hubiéramos ya echado fuera, ese dolor que nos martiriza, ese algo que nos muerde el corazón á cada instante.

Reír llorando. Así Pierrot, ríe y llora. Así Arlequín, llora y ríe. Así Colombina, ve la sangre, gotas de rubí diminutas, que brotan de su herida, y entonces llora: vuelve los ojos y ve á Cupido, que va volando bajo el cielo azul, con su carcaj á la espalda y su flecha en acecho: y entonces ríe.

Sólo Momo desconoce el dolor. Esa musa negra, negra, no le ha hecho ver su faz horrible.

Carnaval pasó. Se apagó ya el sonar cristalino de los cascabeles del gorro azul de Momo. ¿Y ni un sólo baile? ¿Y ni una sola fiesta? Pierrot se ha ido disgustado, señoritas. Murmurará de vosotras, con las violetas y á los claveles, sus confidentes, les dirá que sois muy ingratas.

***

Y con vuestro permiso, depongo la pluma, después de calzar mi firma al pie de estas cuartillas y me voy á la cama. Es bien noche ya.... Selene ronda por el cielo lenta, lenta. Y, sobre el velador, donde arde la lámpara, me espera un libro nuevo, una reciente obra de Francisco Coppée.

Conde Paúl.

El loco y la Venus

Oh! ¡Qué día tan bello! El vasto parque desfallece bajo la ardiente mirada del Sol, como desfallece la juventud bajo la dominación del Amor.

El éxtasis universal de las cosas no se manifiesta por ningún ruido; las aguas mismas están como adormecidas. Bien diferente á las fiestas humanas, es una orgía silenciosa.

Se diría que una luz que aumenta siempre, hace crecer más y más los objetos que las flores enardecidas, se abrazan por el deseo de rivalizar con el azul del cielo por la energía de sus colores, y por el calor, haciendo visibles los perfumes, los eleva hacia el astro, como copos de humo.

Sin embargo, en medio de esta fruición universal, yo he reparado á un sér afligido.

A los piés de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios, encargados de hacer reír á los reyes, cuando el Remordimiento ó el Fastidio los domina, cubiertos con un vestido escandaloso y ridículo, la cabeza enredada con cuernos y cascabeles, oprimida contra el pedestal, levanta los ojos llenos de lágrimas hacia la inmortal Diosa.

Y sus ojos dicen: "Yo soy el último y el más solitario de los humanos, privado de amor y de amistad, mucho más inferior en esto al más imperfecto de los animales. Sin embargo, yo también he sido hecho para comprender y sentir la inmortal Belleza! Ah! Diosa! ten piedad de mi tristeza y de mi delirio!"

Pero la implacable Venus mira á lo lejos no se qué con sus ojos de mármol.

Charles Baudelaire

El fusilado

El alba, una alba de espléndido colorido, comenzaba á dilatarse derrochando sus toques en el horizonte.... Allá flotaban los indecisos contornos de la bruma, destacados apenas en los matices delicados de las manchas de claridad, en un fondo gris azulado que evocaba el recuerdo de las irizaciones del nácar. En la banda rosa del amanecer, la nube se teñía como un fantasma ensangrentado, como una túnica de novicia iluminada por un reflejo de incendio, errabundo Proteo que al capricho del aire en ya pálido encaje, ya vivísimo copo que se disolvía por fin en un lago de blonda claridad. Una orla de lila invadía las fronteras dudosas de la noche, en cuyo fondo sombrío, llama de plata, la estrella del Boyero, parpadeaba para perderse.

Y bajo aquel kaleidoscopio inmenso, bajo aquel poema matinal de la luz indecisa, como un contraste despertaba la ciudad dormida, masa de sombras do se adivinaba sobre la confusión de los techos una silueta de torre ó la curva harmoniosa de las cúpulas; pero la luz no redimía las miserias del suburbio, que, ruido por ruido, comenzaba á pupular tras el primer silbato de la fábrica, el primer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga.

Y la mirada que veía una Beatriz de cándida veste en cada nube, la mirada que languidecía perdiéndose en el Levante, olvidaba la ternura de los cielos ante esa mancha roja, la flama que pugnaba por brillar en la cárcel de vidrios opacos de un farol de suburbio aún encendido; contrastaba la tímida claridad de la madrugada violentamente herida por las bandas de luz que arrojaban á la acera, las lámparas de petróleo de una panadería y de una tienda, ante las cuales con grandes canastas tiritaban los pilluelos.

Mal envueltos y tosiendo barrían y regaban los porteros, un vendedor de thé atizaba las brasas de la enorme cafetera en forma de casa, y un jaletinero pregonaba su mercancía con voz cansada.

El suburbio despertaba; la alborada creciente cincelaba con finísimos detalles aquel enjambre de casucas con techos de paja erizados de barbas; las barras torcidas de humildes palizadas, el poste encorvado que sostenía un farol roto, un árbol enfermo, un fleco de tules tendido en una pulquería, el santo de piedra en una esquina, y allá, en lontananza, en el fondo del cuadro, cual si flotara como un islote de escoria en las incandescencias, envuelto por las nubes, se erguía un crestón de montaña.

Las carretas escandalosas salían de los corrales, un mayordomo con bufanda y á caballo, vigilaba el desfile; vaciaban en la banqueta el agua sucia de un figón, y una familia con blusas de viaje cerraba de golpe la portezuela de un coche de alquiler, cargado en el pescante con un baúl maltrecho.

Numerosos peatones se dirigían al potrero cercano; eran los vecinos del barrio, desmañanados, y que, ya silbando, ya cantando, ó dialogando en voz alta, escandalizaban á las calles silenciosas. Allá, á lo lejos, rumbo al centro, se adivinaba una masa negra, algo como una ola obscura que se adelantaba coronada por cortas flamas, que recordaban un trigal herido por el sol; aquel puntilleo eran las bayonetas de los soldados. Llegaban las primeras tropas. El rítmico marchar tenía algo de extraño en aquella hora: pronto se divisó un oficial á caballo y después la infantería con uniforme de gala, en cuyo fondo obscuro brillaba el metal de los botones.

Nuevas caravanas de transeuntes invadían las aceras, su andar era precipitado, la fatiga cortaba sus diálogos, bajaban al medio de la calle y rodeaban á la tropa; al parejo de ella, trotando, con el rebozo caído y el muchacho á la espalda, con grandes sombreros anchos, las soldaderas los seguían escoltadas por sus perros, que locos, contentos, con la lengua de fuera, inquieta la cola y el paso ligero, esquivaban los puntapiés y los pisotones.

Algunos balcones y ventanas se entreabrían. Caras descoloridas asomaban tras alzados visillos, y en los zaguanes y dinteles de accesorias, aparecían hombres curiosos, envueltos en una frazada ó en una manta, niños en camisa, y mujeres friolentas.

Muy lejos sonaba una música, dominando un rumor creciente la caballería que se acercaba al paso, confuso rumor de pisadas de herrados cascos, choque de vainas y sables, sonar de guarniciones, estornudos de caballos y voces de mando. Nuevas tropas se les unían en las bocacalles para formar no sé qué pupulear en forma de serpiente, largo cordón obscuro, erizado en puntas metálicas.

Bien podía saberse lo que aquel aparato significaba, porque en todas las conversaciones se decía que en el llano, en el llano poco distante, iba á ser fusilado el corneta Margarito López.

Ya era de día. Un último harapo púrpura, un celaje vagabundo se perdía en la postrera raya de áurea transparencia. El sol retiraba su clámide de oro de las casas, dejando al cuadro toda su pobreza. Ya podía verse la fealdad del arrabal, ese muladar de casas vetustas y ruinosas, las empolvadas paredes, las callejuelas tortuosas, la zanja á flor de tierra, surcada por esas vejetaciones pálidas, esa enfermedad que se nutre de burbujas venenosas y de aguas hediondas, que se teñían de negro, olían á alquitrán y arrastraban erizados mechones de grasa al recibir los desechos de una fábrica de gas; la corriente entonces se hacía lenta, las ondas eran viscosas y se arrastraban con pereza, serpeaban entre bordes deslavados, y á lo lejos, al reflejar el cielo de la mañana, se tornaban en brillante galón de un azul delicadísimo.

Volutas impuras se desprendían de los techos de los jacales; el perro confundido con cerdos y con gallinas; el perro salvaje, el perro hosco, de rancho, el husmeador del muladar, inquietado

por la muchedumbre, lanzaba un ladrido pertinaz y desesperado.

En pleno llano se levantaba del suelo una nube de polvo sofocante, y crecía para envolver á la muchedumbre; de su seno gris no surgían más que el busto de los soldados, la grupa de los caballos y el aleteo rojo de las banderas. El populacho seguía con chiflidos, al compás de un paso doble que tocaba la banda. Y á la multitud que desbordaba las calles estrechas, se perdía como una mancha en la inmensidad de aquel llano monótono, seco, trágico.

Vasta extensión gris donde rastreaban miserables é hirsutos pastos, carbonizados allá, muertos más lejos por la lepra blanca del salitre ú orlados por amarillenta peluza. Un montículo de tierra, la osamenta de un asno, blanqueada por el sol, una planta enana, interrumpían aquella mansión de tonos cadavéricos, de una tierra infecunda, asoleada, muerta. Á la derecha, entre doble hilera de chopos escuetos, corría la vía de un ferrocarril; plataformas, furgones color de ocre y wagones abandonados, cubrían la fachada de una estación con techo de lámina; á la izquierda se alzaban los bordes de una zanja, trepados por taciturnas ortigas de flores anémicas y terrones de lodo endurecido, de donde colgaban resecas espadañas, que, enmarañadas en las grietas, hacían pensar en las cabelleras de no sé que muertos mal enterrados.

Y en el fondo del paisaje, como si fuese una mina, se erguía la Escuela de Tiro, aún no concluída; por el ojo de un arco se miraba un trozo de limpio azul y un vellón de nube, única nota serena y dulce en aquella soledad patética.

Las ráfagas refrescantes de la mañana pronto se calentaban en aquel suelo bañado de sol. Las tropas empolvadas formaban el cuadro: la plebe trepaba á las eminencias, se echaba por tierra y lanzaba comentarios al aire libre. Veíanse pulular puntos negros en la lejanía, sombreros de palma, las manchas de color vivo de una frazada, la blancura de una manta, el azulear de los rebozos de las mujeres......coches de sitio con gentes hasta en el pescante, ginetes al galope; toda esa abigarrada pléyade que denuncia las ferias, las grandes paradas y los desórdenes.

Niños rojos de fatiga, con el sombrero en la nuca, la corbata desecha, las medias desatadas y caídas sobre el zapato blanco de polvo, á manera de polainas, jadeantes y empapados de sudor querían ver, metían la cabeza entre dos espaldas de lépero, se abrían camino con los codos, se aventuraban entre las ancas mismas de los caballos, que se estremecían cosquilleados por la valla que tenían atrás. Los que llevaban reloj decían que ya la hora se acercaba, y todos miraban con impaciencia; la menor polvareda hacía correr un estremecimiento en aquel mar humano; todos se empujaban, se empinaban para ver; un señor de edad se subía sobre los hombros á un niño rubio, en cuyas pupilas, de un límpido azul, se adivinaban mil preguntas; otros abrían quitasoles blancos; las mujeres, sombrillas de color, mientras que los ginetes se paraban en los estribos dominando aquel mar de cabezas; un pilluelo, atrevido, había logrado que lo dejaran pararse en el techo de un coche, y sus amigos, para no fastidiarse, apostaban á quién tiraba más lejos una piedra.

El calor crecía, el sol picaba, las mujeres hacían de sus rebozos una capucha protectora; algunos varones improvisaban con un pañuelo un quitasol, ó secábance la frente y el hule de sus sombreros, dándose aire con éstos. Las posturas denunciaban el cansancio; parábanse todos en un pie y los despreocupados, por último, tendían un paliacate en el suelo y se sentaban abrazándose las rodillas.

De la estación cercana se escapaban algunos ecos; el soplo intenso del vapor de una locomotora, sonoros martillazos, silbatos de aviso y una máquina lista á partir sola, en medio de la vía, llamaba la atención de los curiosos. Brillaban, heridos por el sol, el émbolo, la campana de bruñido bronce y las cintas de cobre; un hombre, una mancha con bluza azul, aceitaba las ruedas; tras dos cortos silbidos avanzó lentamente, sonando su campana: iba á quitar de la vía unas plataformas cargadas de piedra.

Ya se había formado el cuadro, un inmenso cuadro; rielaba la luz en el metal de las armas y de los uniformes; interrumpían la línea, y sobre las cabezas los *guías* rojos y las banderas. Un punto negro, un perro, se había deslizado hasta el centro; quizá le espantó hallarse en aquella extensión cerrada por una muralla humana, y echó á correr desesperadamente, en medio de la atroz rechifla del populacho. Y allá, en el fondo, se erguía un montículo, el lugar donde paraban á los reos; no se qué planta carbonizada lo coronaba. Se abatían en ella algunas aves juguetonas, que parecían las flores negras de aquellas ramas escuetas y torcidas.

¡Ahora sí.......! Hubo un largo estremecimiento, sonó una corneta, después otra, y fueron corriendo los toques y oyéndose más débiles á los lejos......¡Sí........! Allá, envuelto por el polvo, venía un coche escoltado por la Gendarmería montada, al galope, y detrás, cayendo y levantando, una ola del pueblo......... El desorden era incontenible, los caballos se encabritaban, los cuellos se tendían y de las secas bocas se escapaba un soplo jadeante de curiosidad y emoción.

Fue una rápida aparición, el coche pasó á la carrera, en medio de un murmullo que crispaba por su significado; apenas se podía ver el sorbete de un reporter en el pescante; dentro del coche un soldado sin kepi, rapado á peine, con los ojos bajos; un fraile, muy pálido, con un crucifijo en la mano, y el puño de la espada de un militar; el vehículo se detuvo á lo lejos. No había en aquel momento más que un solo latido en la inmensa multitud, una sola respiración, una sola mirada intensamente fija en aquel montículo, donde los pájaros retozaban.

El silencio era absoluto.......el eco repetía los gritos del Mayor, que notificaba á la guarnición la pena que iba á sufrir el corneta......y se oía muy claro el rodar de la máquina que volvía sonando

su campana y resoplando; aquella campana lenta adquiría sonoridades elegiacas.

El coche se alejó; vióse un grupo de gentes vestidas de negro, frente al montículo; un hombre pequeñísimo, por distancia, al que abrazaban.......una hilera de soldados, un oficial que producía un relámpago con la espada......después seguía un á fondo, seguido de una descarga desigual......un hombre que caía boca abajo, y entre la blanca humareda, teñida suavemente de azul, la parvada de los pájaros que volaban azorados del montículo, lanzando sus trinos y yéndose á posar en un alambre de telégrafo.

La máquina se había enganchado á los vagones......la campana volvió á sonar y se vió el desfile de los carros en cuyas ventanillas se destacaban los rostros de los pasajeros.

Las tropas desfilaban frente al fusilado, y al grito de *¡vista á la derecha!* del oficial, respondió la despedida del silbato, tan agudo grito, tan intenso ¡ay!, que parecía un sollozo desesperado......

Un perro olía las manchas de sangre, y un oleaje bárbaro rodeaba un carro de ambulancia; todos corrían trás él, y en la muchedumbre, como un animal perdido, una mujer galopaba desesperada, llevando á la espalda un niño que reía tirándola de las trenzas; no sollozaba, lanzaba desesperadamente alaridos, sacudida por el dolor, convulsa, y bebiéndose dos hilos de gruesas lágrimas........

La máquina silbó en la curva una vez más, y su penacho de humo, después de flotar lento en el aire, se abatió en el llano, bajo el sol espléndido de un día alegre.....azul......primaveral.

ANGEL DE CAMPO

Opera

El gobierno de Guatemala ha contratado, para una temporada, á la Compañía de Opera Popular que trabajó en el Teatro Principal de México y que tantos aplausos obtuvo de aquel público.

La *troupe* ha principiado á dar funciones ya en el Teatro Colón, y según informes que tenemos, es muy buena. Cuenta con artistas de mérito.

El empresario de ella es don Francisco Alba.

El ha dicho á un amigo, de quién tenemos en estos momentos carta, que vendría á trabajar aquí con muy poca subvención.

Tiempo hace que nuestro Teatro no abre sus puertas para diverciones cultas.

Y ya que se dejó que Paulino Delgado con su compañía dramática, que trabajaba en Guatemala y que propuso venir á ésta por $ 5.000, se fuera á San José de Costa Rica ¿Se dejará que la de Opera, que tanto gusta á esta culta sociedad, no nos visite? Es de nesecidad que venga.

Esperamos que el Honorable Señor Ministro de Fomento haga cuanto esté de su parte para traernos la *troupe* Alba. Una subvención corta nada vale, cuando se hace el gusto del pueblo.

Después del baile

Pasó la deslumbrante muchedumbre;
Ha tocado á su término la fiesta,
Y muere de las lámparas la lumbre
Con las últimas notas de la orquesta.

Las flores agonizan en los ricos
Jarrones, la estancia llena queda
De suaves aleteos de abanicos,
Rozar de faldas y crugir de sedas.

Y torna, como el pájaro á su nido,
La virgen á su alcoba perfumada,
Y aun resuena la música en su oído,
Adormeciendo su alma enajenada.

De sus galas soberbias se despoja
Frente á la luna del espejo, pura:
Es la mano nerviosa que deshoja
El lirio, ya marchita su frescura.

Prendido, como abeja enamorada,
Al abanico, inquieta mariposa,
El *carnet* acaricia su mirada
Y en recuerdos engólfase la hermosa.

Surgen en su memoria, una por una,
Fugitivas imágenes amantes,
Como á la luz de perla de la luna
Blancas nubes pasar se ven errantes.

Del wals en el delirio arrebatada,
Vuelve á sentirse en la brillante fiesta
Reinando en los salones, y arrullada
Por las notas sonoras de la orquesta.

Y al recordar, en su embriaguez divina,
Que envolvía una atmósfera galante,
Su belleza y sus gracias, ilumina
Una dulce sonrisa su semblante.

Y, de dicha llevando un suave rastro
En el alma, el placer llena su pecho,
Mientras se hunden sus formas de alabastro
En las ondas de lino de su lecho.

El alba el cielo azul va ya tiñendo,
Y ella duerme, rendida de la fiesta,
Acaso más de un nombre confundiendo
Con las últimas notas de la orquesta.

VICENTE ACOSTA

Erótica

Me dices que si te amo? Yo quisiera
por respuesta imprimir, ¡oh ángel mío!,
un beso prolongado en esos labios,
tan rojos y chiquitos!

Y después, estrecharte entre mis brazos
y, ebrio de amor, sobre tu seno albino
reclinar mi cabeza fatigada
y... soñarme en hermosos paraísos!

1891 J. ANTONIO SOLÓRZANO.

La tentación

(BOCETO DE UNA ESCULTURA.)

A Carlos Díaz Dufóo.

I

Encotraréis infaliblemente á Jesús Contreras, el joven escultor, á las nueve de la noche, en el *Salón del Comercio* (Guillermo Sennor y Cía,) cantina húngara de la calle de la Palma. Allí está, entre artistas alegres y *alegrados*, de testas enmarañadas y sombreros exóticos, que beben cerveza, recitan versos, dislocan paradojas, cascabelean chistes y desmigajan su buen humor sobre el mármol tapizado de tabaco y de ceniza. Allí está: la barba punteaguda; el bigotín rizado, ligeramente rizado sobre una boca franca, sin fruncimientos de hastío y sin pliegues de amargura; las paredes de la nariz, voluntariosa y enérgica al mismo tiempo, palpitantes y dilatadas, como husmeando siempre algo; la cabellera de grandes mechas lacias, cabellera de *Holofernes*—envidia de Chucho Valenzuela y preocupación de Luis Urbina—en coqueto desaliño artístico, malcontenida por los flexibles alones de un empolvado chambergo de pelo; mirada rápida, intensa, comprehensiva, bajo los gruesos arcos de las cejas; mano fuertes, elástica, nerviosa; y todo este conjunto animado por la guasa atolondrada, por el ademán contrahecho, por la charla lengüirrota, por el entusiasmo que vuelve chicuelo para gritar y hacer piruetas, y por la bondad simpática que le asoma á los ojos llenos de cintilaciones y de lágrimas, ocultando su rubor con precipitados parpadeos......

Contreras tuvo la fortuna de educar en Europa sus facultades artísticas; se hizo escultor al lado de Bartoldi. El contacto con aquel medio exhuberante—museos, iglesias, talleres—robusteció su genio, afinó su gusto, ensanchó sus ideales. Ante un cuadro del Ticiano ó ante un torso de Miguel Angel, el *diletantte* sintió un estremecimiento hondo, un estremecimiento de amor, y se transformó en artista. Se conoció, se reveló á sí mismo. Su viejo *yo*, el que llevaba de aquí, tímido, acurrucado en los rincones más sombríos, cargando á cuestas los regaños de los buenos viejos de la Academia y escondiendo bajo la raída blusa los cartones de dibujo con ojos abotegados y bocas embridadas, una bella mañana se escapó, quién sabe por dónde, por alguna ventana, por algún resquicio del espíritu, como colegial que aprovecha el descuido del vigilante para saltar al campo y desaparecer en un ráfaga de aire y de libertad...... Rápidamente colóse en el lugar abandonado el nuevo *yo*, bello, caprichoso, atrevido, dando al traste con todas las rutinas; y, con artes mágicas, fabricó su habitación, en menos que se cuenta, un templo de mármol rojo bajo el capelo azul de los cielos, sombreado de gloriosos laureles, con inmaculadas Glorias en el pórtico y con una carrera pindárica en el frontón.

La Bohemia lo arrastró en el carro adorado, que, lleno de músicas, de estrofas, de carcajadas, de barbas hirsutas y caritas rubias, recorre día y noche París, al galope frenético de los potros enloquecidos. Tropezó en el vicio, pero nó cayó en él. Fué cuerdo en sus locuras. Huía de la *kermesse* insolente y ebria, para pasarse las horas contemplando con amor el mármol sin lujurias de la mutilada Diosa. Estas contemplaciones le han dejado un recuerdo imperecedero: siempre que nos habla de la Venus de Milo—la mujer divinizada por el olímpico retoso—repite, declamándola, la poesía que cinceló Lecomte de Lisle en las canteras de Paros:

. . . .

Du bonheur impassible ¡ô symbole adorable!
Calme comme la mer en sa sérénité,
Nul sanglot n'a brisé ton sein inaltérable,
Jamais les pleurs humains n'ont terni ta beauté.

. . . .

Sin embargo, Contreras comprende y siente también las bellezas *expresivas*, que en el arte moderno, han substituido á la belleza *impasible* (apathía) del purismo helénico. Los excesos de actividad nerviosa han atrofiado el desarrollo muscular: Verlaine no danzaría desnudo como el joven Sófocles. En nuestras sociedades no existe la hermosura gimnástica tan celebrada por los filósofos y por los poetas. ("Tendrás siempre el pecho robusto, la piel blanca, las espaldas anchas, las piernas grandes.... Vivirás bello y floreciente en las palestras.......") En los festivales atenienses, las mujeres dejan caer sus peplos sobre tapices de violetas; en el Olimpo diáfano, las diosas marchan, "*vestidas de si mismas*," sobre el pavimiento de oro; y diosas y mujeres adoran al divino *Phallus*, símbolo de la virilidad inmortal y fecunda.—Pero la Forma, desportillada y despulida por los grandes dolores de la Era Cristiana, se arropa con paños negros que no la transparenten: las vírgenes macilentas, de facciones esfumadas y de manos pálidas, parecen consumidas por alguna influencia astral, maléfica y celosa, se apaga la vista en los ojos del sabio; se arquea la espalda del empleado; al adolescente se extenúa en bancos de la escuela, y se encallecen y se queman los brazos del obrero en el yunque. La vida moderna se ha concentrado en el alma, es una vida de reflexión y de pasión. El arte moderno es, ó tiende á ser, esencialmente psicológico. * La escultura se ha resistido á entrar en esta vía, por las preocupaciones académicas y por las dificultades propias de su limitado procedimiento; pero ha entrado al fin, dándonos obras maestras de expresión moral. El boceto de Contreras, *La Tentación*, eminentemente sugestivo, fija en el yeso un estado de conciencia: el recuerdo que surge y el amor que se desborda en el misterio de todas las Tebaidas......

***

Faltaba en nuestro grupo un escultor. Nos

---

* Se nos cita, como argumento en contrario, la obra de Heredia "Los Trofeos." Cada verso de "Los Trofeos" es una emoción perfectamente definida; la obra de Heredia es una obra de *psicología histórica*.

era necesario un taller donde educar la literatura con los proteismos de la línea: donde hacer centro de charlas, lecturas y discusiones, frente al busto ciclópeo del Maestro Sierra, sobre la tosca armazón de madera; frente al barro en que la arábiga hermosura de Sara Chavero reclina la cabeza en el ala desplegada de un abanico, mientras una Gracia le entreabre la boca para contemplar sus perlas y sus sonrisas; entre los torsos varoniles en tensión de lucha y las caderas femeninas en quietud gloriosa; en los *Amorcitos* de Tanagra que cuelgan de las paredes luciendo al aire sus carnes mofletudas y las pícaras miniaturas de su sexo. Nos faltaba este contacto con la estatua, con el movimiento y la expresión de la forma en las heróicas actitudes del cuerpo desnudo, en los mantos flexibles que lo contornean y lo señalan, ó en los pliegues rígidos que lo ocultan; nos faltaba, en fin, Salammbó en mármol numídico, con su blancura de hostia como Tanit, con su mística languidez, disolviendo su virginidad en el Deseo, "como se disuelve una flor en el vino!"

II

El grupo de *La Tentación* es sencillo: un fraile de áspero sayal y una muchacha desnuda: en el suelo, un libro, un Evangelio, sobre una roca: una cruz y una calavera. El fraile, escuálido por la penitencia que doma las rebeliones de la carne, clavándole las puntas de hambre del ayuno y las puntas de cerdas de cilicio, es una noble figura del tradicional anacoreta que legaba sus huesos á los cuervos del arenal y su alma á los ángeles del cielo. La muchacha, en la plenitud de su animalidad tentadora, ofreciendo inconscientemente su fruto núbil, sin un tinte de vergüenza en las mejillas sin una cobardía de pudor tremulante en la mirada, está hecha del natural—con atrevida franqueza y con gallarda despreocupación. Los dos están en pie, en el momento crítico en que un hombre puede ser del Señor ó de Satán, en que se atiende ó se cae, en que el pasado de juventud nos manda en el recuerdo un hálito de los ramajes del Paraíso y un beso de los labios de Eva, en que las oraciones se esconden en el sagrario del alma ante el desfile báquico de las palabras amorosas, en que toda una vida de austeridades puede ser empujada al Infierno por el pecado omnipotente! La cara del fraile, circuida por los contornos simétricos del capuchón, tiene esa lividez intensa que precede al cruel agolpamiento de la sangre, al bochorno que quema.... Bajo las ropas duras, de apretada trama, que pesan sobre su largo cuerpo huesoso, se adivina un estremecimiento prolongado, una vibración fría.... ...Y *Ella*, en su desnudez brillante, firmemente plantada con su ligero ángulo de las piernas, avanza uno de sus muslos, levanta la cara virginal y perversa buscando con su mirada la mirada del fraile, le sonríe con sonrisa libertina, bajo la barba santa, y le pregunta, en la pluma de la mano, la manzana del amor y del dolor, redonda y suave como un seno, con jugos de fresca miel como una boca. El fraile extiende un brazo cataléptico cubierto por la manga que se quiebra en violentas arrugas, rechazando en el vacío, con la mano inmovilizada, el desesperante misterio....El otro brazo es de *Ella!* sin fuerzas para deshacerse de la caricia, el fraile, con los dedos que lentamente se le crispan—dedos de trágica contracción en los que se enreda un rosario que á su vez se enrosca en las carnes de la impura, como un brazalete simbólico—palpa á su Tentadora, y casi la atrae, y casi la oprime!......Un instante más, y el brazo se doblará, como un cinturón, para ceñirla frenéticamente! Es tan incitante esta cabecita perversa! se insinúa tanto ese cuerpo dócil! Y es tan débil escudo un sayal! y es tan débil resguardo una cabaña! En esa alma austera, maltratada y entumecida por días sin descanso y por noches sin sueño, bajo el polvo de los olvidos mundanales, bajo la ceniza que dejan los dolores cuando han cesado de arder, duerme solamente—que es inmortal—el Amor, el Rey augusto, envueltos es sus púrpuras de juventud y de gloria. Despiértalo, Sulamita, sacude sobre su frente la mirra epitalámica de tu cabellera, desparrama flores de frescos fuegos sobre su reclinatorio, canta en su oído tus apasionados versículos que suenan como el beso, que huelen como el nardo, que embriagan como el vino!........

. . . .

***

. ..A la luz desvanecida de los cielos, el anacoreta lee, doblando la frente sobre las páginas del Evangelio: lee la relación sencilla de la divina leyenda, y transportado, por su anhelo á la riente Galilea del idilio cristiano, se junta al rebaño de almas que siguen á Jesús entre los viñedos, escuchando la palabra de perdón y de esperanza que seca lágrimas y alumbra sonrisas, que se posa como un beso maternal en los remolinos de oro de las cabecitas infantiles, que penetra—carita enlutada—á los corazones huérfanos, que se arrodilla sobre todas las lápidas, que ora con todos los dolores, que levanta del polvo todas las culpas y que corona de estrellas todos los arrepentimientos!

La sombra se descorre sobre el mundo...... Las letras del pergamino danzan, se barajan, se borran; el fraile cierra los párpados; su pensamiento se entorpece; y allá, en un fondo que el crepúsculo esporvorea, pasa la silueta lánguida de una virgen nazarena......Después, atraviesa su espíritu una ronda de espectros, un vuelo de harapos negros......Luego, nada! el vacío sin color, la inconciencia sin perspectivas......Duerme.

***

La sofocante neblina de su sueño se desgarra y surge un fragmento de infancia y de juventud, acuarela lavada en el azul del horizonte—acuarela de vergeles en flor y de tejados grises, con una torre de frágiles artistas y con una fuente de aguas claras, sobre las que cae, como malla rota, la sombra verde del emparrado. Es el pue-

blo en que jugó y amó, al amparo de sus padres y al amparo de la Virgen, en las mañanas de la vida, tan bellas y tan breves, que salpican todo el rocío de sus búcaros y todos los cantos de sus pájaros en el corazón que se abre .....Albas de celajes rubios! repiques madrugadores del campanario! altarcito de blancos paños con lentejuelas de oro!......—Oh, inmortal recuerdo del primer amor! Cuando la estrella de la oración enciende su penacho sobre las crestería de la montaña, las palomas regresan llamadas por el *Angelus*, á sus aleros de ladrillo; y las muchachas, de dos en dos, vuelven de la fuente, con las ánforas de barro en la espalda, regando en el aire parvadas de trinos y manojos de risas....Entre ellas viene la adorable amiga de misteriosas pupilas, con la cabellera constelada por las gotas de agua que saltan de la urna rebosante......

⁂

Inexplicables asociaciones del sentimiento! terribles saltos regresivos del alma! Cómo se transformó la casta epifanía en la impura visión? Al perderse la adorable amiga de misteriosas pupilas entre las enredaderas que bordan las tapias, atravieza los maizales, conduciendo á las cabras del monte, la serrana descaderada, de valientes ojos y boca audaz, el cabello lanoso y crespo como un vellón, las manos cruzadas detrás de la nuca y al aire los codos trigueños, cantando un cantar abrupto y borbollante, que interrumpe, cuando las ovejas se emperezan ó se desvían, con un chasquido de la lengua, rápido y seco.

Una tarde de vocaciones y de holgorio, retozando y corriendo, se extraviaron en una cañada desconocida. Solos! El torrente se encabrita en su cauce, cinchado por un cordón de piedras, y en el trozo de cielo descubierto se extiende una nube roja, como flámula de escarlata. Sartas de pájaros se desgranan de las fondas......Sobre una mata de mirthos se dispara un colibrí como dardo de vibrantes colores......Qué pertinaz es la memoria! Todos los exorcismos de la voluntad son impotentes para expulsar estos recuerdos que clavan sus uñas satánicas en el alma! Es ella, es él, son ellos! La mira: ha trepado al árbol á bajar un nido, un cesto de blancos hebras.... La oye: "ven, pronto, que me caigo!" Baja con los dedos espinados, fingiendo pucheros y desternillándose; y él, para curarla, arranca á una las espinas y chupa uno á uno los globulitos de sangre......

⁂

El fraile se extremece....Y *Ella*, en su desnudez brillante, en la plenitud de su animalidad tentadora, levanta los ojos virginales y perversos buscando la mirada del anacoreta, y le ofrece inconcientemente su fruto núbil—la manzana del amor y del dolor!... ....

JESÚS URUETA.

Méjico—Julio de 1894.

Azul y gris

Bajo un castaño en toda florescencia, bajo un cielo puro, turquí, que se teñía de sangre al lento agonizar del sol, besé en la boca á mi amada, por vez primera.

¡Oh!—Al juntarse los labios temblorosos, llenos de fuego, hábidos de besos, se produjo algo como un leve rumor de alas de paloma que se baten con presura........

—¿Me amas?

—¡Te amo!

....

En íntima plática; los ojos de ella que se fijaban persistentes y serenos, en los míos; mi mano que juega con la suya, mórbidas, suaves como el albo plumón de un cisne............ Así, así pasamos aquella tarde adorable, hasta que llegó la noche, tétrica, negra; hasta que en el cielo, en rica y asombrosa explosión se encendie con las rosas de oro de las constelaciones.

Ella se despidió de mí:

—¡Adios!

—¡Adios!......

Y se perdió, presurosa como una linda gacela, entre los árboles del jardín, lleno de sombras; y yo, triste, meditabundo, busqué consuelo en el fondo de mi cuarto, donde sobre mi mesa, dentro de rico marco bizelado, luce en lienzo el busto de mi amada......

⁂

¡Oh, la niña de los ojos verdes como una onda tranquila del Adriático! ¡Oh, niña de las mejillas sonrosadas! ¡Oh, niña de los labios de fresa húmeda!......¿Dónde estás?....

He abierto mi balcón tras largas horas nostálgicas en que he llorado mucho y he pensado en tí. Con los ojos fijos en lo profundo del cielo obscuro he buscado, entre el titilar de las estrellas, la luz de tus ojos soñadores!—¿Dónde estás? ¡Estoy sufriendo tanto con tu ausencia!

Musa mía, mi Elsa, mi Julieta, mi .... ¡te busco en todo y no te encuentro en nada! Para tí es mi verso sideral, mi prosa llena de riquezas! ¿Por qué huyes? ¿Vienes?..................

....

....

Y del fondo de mi pecho salió una voz:

—"¡Oh niño! No la busques! Es inútil! ¿Lo sabes bien? Ella era tu musa. Se ha ido, ha volado cuando dabas tu amor á otra mujer que no era ella. Tuvo celos y se venga hoy de tí buscando otro amante......Desde hoy, que no te alentarán más sus besos ideales, tu estrofa aurisolar, tu prosa llena de facetas ricas, se tornarán en pálidas y enfermisas!........"

Y la voz se calló, cerré el balcón y desde entonces guardo avaro en el fondo de mi pecho el poco de amor que me queda.

ARTURO A. AMBROGI.

Imprenta Nacional